

diese la estimacion de las cosas espirituales y divinas, aficionándose á la belleza corporal (1)."

San Cirilo de Alejandría (2) pensaba lo mismo que Origenes; y San Clemente, exponiendo las palabras del Salmo (3): *Es el mas hermoso de los hijos de los hombres*, dice: „Es indudable que esto debe entenderse de la hermosura que reside en la naturaleza y gloria de la divinidad; porque ninguno dirá que Jesucristo fuese glorioso en su carne, pues el misterio de la Encarnacion es de humildad y anonadamiento, como escribe Isaiás: „*Le hemos visto sin resplandor y belleza*; y para que comprendiésemos que la carne comparada con la divinidad no es nada, el Hijo de Dios quiso dejarse ver en una forma que nada tuviese de hermosura."

Tertuliano (4) es el mas claro, pues en muchos lugares enseña que Jesucristo no era hermoso de semblante, y parecia despreciable á los ojos de los hombres, ni su exterior tenia nada que le atrajese la consideracion y respetos (5). El mismo añade (6), que cuando los profetas nada nos hubieran dicho de su deformidad y bajeza, los tormentos que sufrió y las indignidades á que estuvo expuesto, lo probarian bastante. ¿Se hubiera atrevido alguno á tocar un cuerpo extraordinariamente hermoso? ¿Quién hubiera podido escupir sobre un rostro que de algun modo no provocase por su exterior estos ultrajes (7)? Jesucristo quiso ser concebido en el seno de una madre; esperar humildemente el instante de su nacimiento, y crecer con la edad como los demas: no se apresura á manifestarse, y se agravia en cierto modo á sí mismo por la bajeza aparente de su exterior.

San Agustin (8) reconoce en Jesucristo una hermosura real, pero no en el cuerpo. Como hombre, no tenia brillo ni hermosura; como Dios era de una belleza encantadora; es un esposo hermoso no en su carne sino en su virtud (9). Si los Judfos sus perseguidores, añade (10), hubieran tenido ojos para discernir su belleza, no hubieran puesto sobre él sus manos; pero no veían sino lo exterior. La deformidad de Jesucristo (11) es la que os hace hermosos. Si él no hubiera querido parecer feo, no habríais podido recobrar la belleza que perdisteis. El estaba clavado en la cruz, deforme, pero esto hace nuestra hermosura. Imitemos, pues, á Jesus en esta vida, abracemos su cruz y gloriémonos en sus padecimientos.

El mismo padre (12) en un sermón publicado en la nueva edicion de sus obras, concilia á Isaiás y al Salmista, afirmando que el segundo habla de la divinidad, y de la humanidad el primero. ¿*Qué cosa mas hermosa que Dios?* dice: ¿*cuál mas deforme que un crucificado?*

Omito las pinturas que algunos celebran, los sudarios en que se ve representado el rostro de Jesucristo, y la antigua medalla que el padre Vavassor (13) dice se mostró en Roma al padre Sirmond, en la que se representaba mas melancólico y severo, que amable y gracioso. Estos monumentos son muy sospechosos á los sabios, y su antigüedad no está averiguada. Los sudarios no son retratos de que

(1) Clem. Alex. l. vi. Stromat.—(2) Cyrill. Alex. l. i. Claphyr. in Exod.—(3) Psal. xlv. 3.—(4) Tertull. de Idololatria.—(5) Tertull. adversus Judaeos.—(6) Idem, l. de Carne Christi.—(7) Idem, de Patientia.—(8) Aug. in psalm. xlv. —(9) In ps. cxviii.—(10) In ps. cxvii.—(11) Aug. serm. 20. de Verbis Apostoli.—(12) Aug. Serm. 95. antehac. ineditus, n. 4.—(13) Vavassor, de Forma Christi, c. 2. p. 91. 92.

se puedan sacar inducciones en pro ni en contra de la belleza de Jesucristo. Hay en ellos rasgos oscuros y muy superficiales, aun cuando se les conceda la antigüedad que se pretende.

De todo lo dicho se infiere que los mas antiguos padres no opinaron en favor de la hermosura de Jesucristo, ni tampoco los primeros fieles. Los gentiles solian vituperarlos por esto (*), y ellos no solo no lo negaban, sino que en algun modo se gloriaban de ello. Era mas admirable y mas milagroso que Jesucristo pobre y despreciable á los ojos del mundo, y careciendo de las recomendaciones exteriores hubiera podido convertir tan gran número de personas, entender una doctrina tan celestial, y hacer en el mundo tan prodigioso cambio, que el que hubiera conseguido estos fines dotado de gracias y hermosura, de elocuencia y de autoridad. Apolonio de Tyana, con su hermosura, su aire agradable, su elocuencia, sus prestigios, su industria y falsos milagros, no pudo formar una docena de discípulos; y Jesucristo sin belleza ni elocuencia, convirtió á todo el mundo por la fuerza de la verdad, por la excelencia de la doctrina y por la evidencia de los milagros. Así discurrían los primeros cristianos.

Desde el tiempo de San Gerónimo y de San Juan Crisóstomo comenzó á abandonarse, como hemos visto, la antigua tradicion y la sentencia que defiende la hermosura de Jesucristo se generalizó insensiblemente. Sin embargo, el mismo San Gerónimo (1), admirando el resplandor que brillaba en el semblante de Jesucristo, y cuyos efectos pondera con ocasion de los mercaderes que arrojó de la casa de su Padre, no deja de reconocer que parecia á los hombres tan vil y despreciable, que pocos dias despues fué preso y crucificado; lo cual le obliga á decir que considera como el mayor milagro el acto de autoridad que entónces ejerció. San Juan Crisóstomo que hemos visto habla tan ventajosamente de la hermosura de Jesucristo, confiesa (2) que su figura era tan poco respetable, y sus modales tan poco importantes, que las mugeres de mala vida, los publicanos y las gentes de la hez del pueblo, se acercaban á él y le hablaban con entera libertad.

Despues que la opinion de que Jesucristo era el mas hermoso de los hijos de los hombres se hizo la dominante, no han faltado de cuando en cuando escritores que hayan vuelto á las antiguas ideas y explicádose sobre este punto como los padres de los primeros siglos. Miguel Medina (3) que asistió al concilio de Trento, dice que la complexion de Jesucristo era la mas propia de un hombre sabio y estudioso; añadiendo que no debemos adherirnos á la vana fantasía de los que aventuran sin prueba que el Salvador era el mas hermoso de los hombres, é infieren de ahí que tenia el mejor temperamento del mundo; porque esta sentencia se funda solamente en algunos pasages de la Escritura que no deben entenderse sino en un sentido alegórico, ó que se deben explicar de la belleza interior y de la divinidad. Tal es el razonamiento de Medina. Hubiera podido añadir que la experiencia tiene acreditado que los rostros mas hermosos

* El autor por segunda vez contradice claramente lo que tenia asentado, exponiendo la opinion contraria. (E. T.)

(1) Hieron. in Matth. xxi.—(2) Chrys. Homil. xii. in c. i. Joan. p. 84. 85.—(3) Mich. Medina, l. ii. de recta in Deum Fide, c. 7.

y los coloridos mas brillantes, no son siempre pruebas de un buen temperamento; ántes bien suelen indicar muchas veces el exceso de algun humor dañoso.

Cornelio Alápide en su comentario sobre Isaías (1), reconoce que Jesucristo no tenia una belleza que atrajese las miradas de los hombres, ántes por el contrario, parecia exteriormente despreciable. Y añade que la profecía de Isaías, en que se dice que no tenia hermosura, se verificó en toda la duracion de su vida, y principámente en la pasion. Sabemos que Mr. Rigault ha sostenido esta opinion en sus notas sobre Tertuliano, y en una Disertacion impresa al fin de su edicion de San Cipriano. Santo Tomas (2) ó el autor que se cita bajo este nombre en su comentario sobre Isaías, dice que Jesucristo tenia hermosura, pero oculta, á causa de la debilidad de que se habia revestido. Tenia esplendor y gracias; pero cubiertas bajo el velo de la pobreza que abrazó. Revestido de un cuerpo mortal, no se veía en él aquel aire de grandeza y magestad que un antiguo escritor concede al rey Priamo, diciendo que su presencia era digna del soberano poder.

Podrian citarse tambien á favor de la misma sentencia otros muchos intérpretes como Grocio y Mariana. Eusebio de Cesarea (3), explicando las palabras del Salmo XLIV que dice: *Eres el mas hermoso de los hijos de los hombres*, afirma con claridad que no deben entenderse de la hermosura corporal, sino del resplandor de su virtud; porque, añade, Isaías no contradice al Salmista cuando nos enseña que no tenia belleza ni esplendor, sino que su aspecto era despreciable. Teodoreto (4) se explica en iguales términos. San Basilio (5) conviene en que la hermosura que el Salmista atribuye á Jesucristo no consistia en la justa proporcion de sus miembros, ni en la belleza de su tez, sino en su naturaleza divina. Tertuliano (6), San Cirilo (7), San Ambrosio (8), San Isidoro de Pelusa (9), el autor del comentario sobre los Salmos, bajo el nombre de San Gerónimo (10), y la mayor parte de los demas lo entienden en el mismo sentido.

Debe, pues, hacerse notable distincion entre el pasage de Isaías que es literal, y que muchos antiguos padres y gran número de intérpretes explican de un verdadero defecto de belleza, y el del Salmo XLIV que se le opondrá, y que por consentimiento de los padres y de casi todos los intérpretes, debe entenderse en sentido místico y figurado de una hermosura púramente interna, fundada sobre la divinidad, pureza y virtud del Salvador. El primero puede alegarse como prueba, pero el segundo solo tiene uso en el sentido moral y figurado.

IV.
Opinion media entre las dos primeras

Hemos referido lo que hay de mas plausible contra la hermosura de Jesucristo: véamos si puede hallarse un medio entre las dos sentencias referidas.

Hay una cierta hermosura mundana, carnal y afeminada que no

[1] *Cornel. a Lapide in Isai. l. III. 2.*—[2] *Thom. in Isai. l. III.*—[3] *Euseb. Caesar. in psalm. XLIV.*—[4] *Theodoret. in psalm. XLIV.*—[5] *Basil. in Isai. v.*—[6] *Tertull. l. III. contra Marcion c. 17.*—[7] *Cyrill. in Isai. l. III. et lib. I. Glaphyr in Exod.*—[8] *Ambr. ep. 1. Class. epist. 29. ad Irenaeum.*—[9] *Isid. Pelus. l. III. ep. 130.*—[10] *Hieronymiast. in psalm. XLIV.*

convenia á Jesucristo, y se puede asegurar que no la tuvo, porque se opone demasiado á lo que lo Escritura nos dice de este divino Salvador; á su vida laboriosa, penitente, mortificada y pobre; á su cualidad de hombre de dolores y de víctima destinada á expiar por su muerte los pecados del mundo. Los encantos de la belleza, la suavidad del semblante, la risa, los modales alegres, aquel conjunto que hace á un hombre festivo, gracioso y divertido, segun el mundo, no se hallaban segúramente en Jesucristo; y si en esto se quiere hacer consistir la belleza, podemos asegurar que no la tenia, ni practicó jamas diligencia para adquirirla, conservarla ó aumentarla; al contrario, su modo de vivir era el mas propio para eclipsarla y disminuir. Pero si se quiere pasar al otro extremo, y sostener que el Salvador fuese deforme, chocante, enano, contrahecho, de una fisonomía tosca, de un trato duro, que su rostro fuese austero, y el sonido de su voz desagradable, semejante pintura causará escándalo, y se acusará de blasfemo al que tenga la temeridad de vilipendiar así la humanidad santa del Hijo de Dios.

Debemos, pues, guardar un medio, y decir que Jesucristo no se hizo notable ni por su belleza, ni por lo contrario. Apareció en el mundo como cualquier otro hombre, ni mas grande, ni mas pequeño, ni mas hermoso que lo comun. Verisímilmente su color era obscuro como el de los Judíos de Palestina, y acaso tenia el aire guerrero y marcial de los Galileos, como quiere el P. Vavassor (1). No era muy alto; si lo hubiera sido, Zaqueo no habria tenido necesidad de subirse á un árbol para verle (2) y distinguirlo entre la multitud. Las descripciones de Nicéforo y otros semejantes carecen de autoridad. Las pinturas, sudarios y medallas no deciden la cuestion, porque no hay pintura bastante antigua, descripcion auténtica, ni monumento cierto que nos hayan conservado la figura y talla de Jesucristo. La estatua erigida por la muger á quien curó del flujo de sangre, la que se dice conservaba en su capilla doméstica el emperador Alejandro, el retrato enviado al rey Abgaro por Jesucristo mismo, el que Marcelino de la secta de los carpocracios mostraba y hacia adorar, son nada para nosotros, pues no existen, ni hay escritos que nos hayan dejado la exacta descripcion de alguno (*).

La circunstancia que refiere San Juan Damasceno y Nicéforo del resplandor del rostro de Jesucristo, que impidió copiarlo al pintor enviado por Abgaro, es demasiado singular para darle crédito sin pruebas. San Gerónimo y San Juan Crisóstomo creyeron que el brillo del rostro del Salvador inspiraba respeto á los que le veian, y les ganaba todos los corazones; mas si esto fuese verdad, ¿cómo los Judíos carnales decian de él: *¿No es este el hijo de José el carpintero? no están sus parientes entre nosotros* (3)? Si se hubiera dejado ver con ese resplandor extraordinario, ¿se habrian atrevido los Judíos y los Romanos á insultar al rey de la gloria (4)? Ciértamente no faltaba curiosidad á los primeros fieles para informarse de la figura, del aire, grandeza y hermosura de Jesucristo. Sin embargo, ellos son los que nos han hablado ménos ventajosamente de estas

(1) *Joseph. lib. III. de Bello, c. IV.*—(2) *Luc. XIX. 2. 5. 8.*—(3) *Matth. XIII. 55. Marc. VI. 3.*—(4) *1. Cor. II. 8. et Aug. in psal. CXXVII.*

* Pudiera añadirse que tampoco consta hayan existido nunca estas imágenes. (T.)

cosas. Si las imágenes del Salvador que entonces se veían hubieran tenido algo de extraordinario por la belleza, ó por la cualidad contraria, ¿hubieran dejado de decírnoslo? Concluyamos, pues, que Jesucristo no se hizo notable en su cuerpo por uno ni por otro extremo.

Los padres cuyas palabras hemos referido al fundar ambas sentencias, admiten este temperamento, cuando su sentir se examina de mas cerca, y ellos se explican con mas precision. Entonces vemos que limitan (1) el texto de Isaías al tiempo de su pasion, en que el Señor se dejó ver cubierto de ignominia, maltratado con golpes, y manchado con salivas. Otros (2) lo explican de la obscuridad de su vida y de su humildad en todo. Orígenes (3) confiesa que la Escritura dice que Jesucristo se dejó ver sin hermosura; pero sostiene con razon que no leemos en ella que fuera *enano* ni *contrahecho*. Ella, pues, solo quiere decir que no tuvo una belleza extraordinaria, y esta es la sentencia de este padre. San Clemente Alejandrino y Tertuliano avanzan demasiado cuando hablan contra la hermosura de Jesucristo. Si alegaran pruebas de hecho, seria difícil no rendirse á su autoridad; pero sus razones son débiles, y nada prueban por que prueban demasiado. No es creible que Jesucristo quisiera ser deforme para los fines que se proponia; no lo fué pues por eleccion, y es bien claro que ménos pudo serlo por necesidad.

San Agustin y San Bernardo han hecho el elogio de la hermosura y de la fealdad de Jesucristo segun diversos respectos: sus textos pueden referirse á uno y otro sentido, y todos tienen su verdad. El Salvador era hermoso comparado con los que tienen defectos de cuerpo naturales ó accidentales; y no lo era en comparacion de esas bellezas afeminadas que el mundo alaba, y de que hace sus ídolos. La Escritura celebra en una parte su belleza, y dice en otra que fue sin esplendor ni hermosura. El Salmista dice que fué el mas hermoso de los hijos de los hombres: Isaías, que fué despreciado, humillado, y desconocido: *Ambos son como dos trompetas que dan diferentes sonidos; pero el mismo espíritu es el que da aliento á la una y á la otra*, dice San Agustin (4).

(1) Theodoret. Euseb. Hieron. in Isai. l. l. et Hieron. in ep. ad Principiam, de psal. xlv. Chrysost. in Matth. viii. Homil. 28, Cyrill. in Isai. l. l. Procop. in eundem loc. Bernard. Serm. 26, et 28. in Cantica.—(2) Chrysost. in psal. xlv.—(3) Orig. contra Cels.—(4) Aug. Tract. ix. in epist. i. Joan.

ISAÍAS.

CAPITULO PRIMERO.

Ingratitud de los hijos de Israel. Amenazas de la venganza del Señor contra ellos. Se les exhorta á la penitencia. Reprensiones y amenazas contra Jerusalem. Restablecimiento de esta ciudad.

1. Visto Isaiæ filij Amos, quam vidit super Iudam et Jerusalem in diebus Oziae, Iothan, Achaz, et Ezechiae, regum Iuda.

2. Audite, caeli, et auribus percipe, terra, quoniam Dominus locutus est. Filios enutrivit, et exaltavit; ipsi autem spreverunt me.

3. Cognovit bos possessorem suum, et asinus praesepe domini sui; Israël autem me non cognovit, et populus meus non intellexit.

4. Vae genti peccatrici, populo gravi iniquitate, semini nequam, filiis sceleratis: dereliquerunt Dominum, blasphemaverunt Sanctum Israël, alienati sunt retrorsum.

1. Vision profetica de Isaías, hijo de Amos, que tuvo acerca de Judá y de Jerusalem" en tiempo de Ozías, de Joatan, de Acáz y de Ezequías, reyes de Judá.

2. Oid, cielos, y tú tierra, presta tu oido, porque el Señor Dios es quien te habla, y sus palabras merecen toda tu atencion." He aquí lo que te dice: He criado hijos, y los he engrandecido;" y ellos despues de esto me han despreciado, y se han rebelado contra mí," con una ceguedad é ingratitud que no se hallan entre los animales mas estúpidos;

3. Hasta el buey reconoce á su dueño, y el asno el pesebre de su señor; mas Israel no me ha conocido, y mi pueblo no entendió. El no ha atendido á los bienes de que le he colmado, ni á los avisos con que le he advertido.

4. Ay de la nacion pecadora, del pueblo cargado de iniquidad, de la generacion corrompida, de los hijos perversos y malvados;" porque ellos han abandonado al Señor, han blasfemado" al Santo de Israel, y despues de haber prometido serle fieles, se han vuel-

¶ 1. Véase lo que sobre este verso se dijo en el prefacio.

¶ 2. Dios habla en estas profecias no solo á los Judíos, sino tambien á los Cristianos: Cuando se queja de los Judíos se queja de nosotros, pues todo se ha escrito para nosotros que nos hallamos en los últimos tiempos, como dice S. Pablo (1. Cor. x. 11). Todo ha sido escrito para nuestra instruccion. Rom. xv. 4.

Ibid. Hebr. lit. He engrandecido hijos, y los he elevado sobre los demas.

Ibid. Este es el sentido del hebreo: yo los he elevado, y ellos se han rebelado contra mí.

¶ 4. Hebr. á la generacion de los malvados, á los hijos corrompidos.

Ibid. Hebr. dif. Ellos han despreciado.